

VECINOS BELICOSOS

Eduardo Hernández Carstens, nuestro vecino de página en este diario. Todos lo leemos con interés. Su columna ostenta el título de "Parabrisas". En ella suele ilustrarnos sobre los más diversos temas. Uno de estos, en él recurrente, es el del vecino. "Vecino" titula él su artículo de anteayer. No es que allí se refiera a nosotros sus vecinos de página. Menos mal. Con tal título se refiere a Colombia. El tema no puede ser más incitante. Nos toca muy de cerca. Por esto, no podemos dejar pasar inadvertido el artículo. Le haremos algunos comentarios, pues.

La frontera, en primer término. Los que en ella hemos nacido; los que en ella nos hemos formado; los que en ella hemos vivido; los que sobre ella estamos todos los instantes, somos los que sabemos, en verdad, lo que es. No es la raya que nos muestran los mapas. Ni el río que se ha establecido como elemento divisorio convencional. No. Nada de eso. La frontera es, para los que somos sus habitantes cotidianos, experiencia de todos los instantes. En el intercambio comercial, que es el de menos. En el intercambio espiritual, que es el de más. En la frecuencia afectiva y cultural de todos los días. En la integración de la sangre, igualmente. Las comunidades de frontera, como la tachirense y la santandereana, se ríen de quienes se empeñan en hablarles de frontera. Ellas se hallan, en esa materia, por encima de toda posible diferencia. El tachirense, así, es tan santandereano como el santandereano es tachirense.

La frontera es problema, geográficamente, emocionalmente, poéticamente, de distancia. Miren ustedes. Los venezolanos andinos sabemos que a todos nos pasa por el centro del corazón. Eso nos complace y nos estimula. Los venezolanos no andinos, en cambio, sienten que no les pasa por ninguna parte. Es lógico. Carecen de la experiencia que la frontera supone e impone a quienes la conocen de vista, trato y comunicación. Eso es todo. Si para los primeros la frontera es vínculo indestructible de afecto, para los segundos es motivo de odio. Es decir: la incompreensión completa. Es lo que, como toda evidencia, le pasa a nuestro vecino de página. Lo lamentamos de veras. Resulta increíble que una inteligencia como la suya, al tratarse del tema de la frontera, no logre como dicen los aviadores, levantar vuela Como no lo levantan, tampoco, nuestros dirigentes, que, cómodamente instalados en sus despachos capitalinos, no logran entender que los tachirenses ya seamos colombianos en la misma medida en que los santandereanos ya son venezolanos.

Ahora bien. La frontera, vista en otro sentido, es historia. Pura y física historia patria. Se comenzó a configurar en época ya remota. Ha revolucionado, como verdadero elemento vivo. La han hecho evolucionar, a base de relaciones distintas, los dos países. Esta evolución es la que ha obrado, al través del tiempo, para que la famosa raya del mapa haya cambiado, más de una vez, de posición. Que estos cambios hayan favorecido a los de un lado y desfavorecido a los del otro ha sido consecuencia dé, muy variadas circunstancias. Como éstas son bien conocidas de todos, venezolanos y colombianos, nosotros suponemos que no las ignora el señor Hernández Carstens. Aun cuando lo disimula de lo más bien.

Sobre el problema de la frontera gravita, todo el tiempo, el anhelo de integración. Esta fue fomentada por el Libertador. La fomentó él por razón elemental. Porque la vivió, en su verdadera entidad, hasta la raíz de su persona. El fracaso de la Gran Colombia no prueba nada contra la integración. Lo configuraron los hombres que, en la remota Caracas y en la inaccesible Bogotá, carecieron de la experiencia que decimos. Por carecer de ella, tuvieron a raudales el ingrediente opuesto: el odio. El mismo odio que rezuma, aunque nos sea difícil tener que señalarlo así, el artículo de nuestro colega de página.

El venezolano distante de la frontera, el no andino, mantiene, desde la independencia, el prejuicio anticolombiano. Jamás lo ha disimulado. Lo mantiene el hombre del pueblo porque se lo alienta el dirigente. (Nuestros dirigentes, en general, fían sido hombres de muy poca sal en la mollera. Qué le vamos a hacer. Han sido fruto de nuestra cultura, que casi no es ninguna). Lo mantiene y utiliza el dirigente, o por ignorancia, o por demagogia. Pues bien. Las únicas colectividades capaces de integración son las nuestras. La andina y la santandereana. Las que, por encima del mapa y del prejuicio, viven como si la Gran Colombia estuviera en su mejor forma Porque el prejuicio anticolombiano que practica la mayoría de los venezolanos no es otra cosa, a la hora de la verdad sicológica, que complejo de inferioridad. Cuando nos sentimos iguales a los demás no los tenemos. Esta norma personal también funciona en lo colectivo.

Nuestro colega de página, pues, el señor Hernández Carstens se saltó a la torera su discreción habitual en el artículo de anteayer. Lo lamentamos otra vez. Todos los que escribimos para la prensa tenemos

nuestros malos ratos. Cuando estos malos ratos nos toman de su cuenta, solemos no ver el peligro. ¿Qué peligro? El de dar en lo cursi. El de caer en lo patriotero. El lenguaje, que ha sido sabiamente sazonado siempre, distingue entre patriota y patriotero. El patriota vela por su patria sin mayores apremios. Sabe que la entidad nacional, a pesar de los pesares, es indesindividualizable a toda prueba. El patriotero, en cambio, tiene complejo de vecindad. Cree, a todas horas, que solamente los vecinos son depredadores y ladrones; que si no fuera por sus amenazantes inminencias todas seríamos felices; que son los únicos culpables de nuestro despampanante subdesarrollo. Etcétera.

"Vecino", en suma, es artículo que si fuéramos a calificarlo lo llamaríamos, por todo lo alto, antivenezolano. No sólo por la escasísima comprensión que demuestra respecto de nuestra historia; sino por el desdén con que apunta a la integración. A Eduardo Hernández Carstens en esta ocasión, se le fue la mano. Y lo que ha podido ser un mensaje pacifista, mejor dicho, integracionista, resultó una especie de manifiesto guerrerista. Tal es la violencia que entraña. Bueno sería que nuestro columnista pasara siquiera una temporada con nosotros. Su visión del vecino cambiaría por completo.